

ba los dias enteros y la mayor parte de la noche, sola con su Dios y enteramente ocupada en la oracion. Ningun visitador podia penetrar en aquel santuario, porque ella tenía cuidado de obstruir las entradas; y no salía de allí sino para ir á pasar algunos dias de tarde en tarde en su antigua cabaña. La soledad era todo su contento. ¿Porqué seré mujer? decía algunas veces á las personas que honraba con su confianza. ¡Ah! si yo fuera hombre, hace mucho tiempo que dejando á Lima y todos los lugares habitados, habria ido á buscar á las montañas una gruta en donde viviría feliz, sola con Dios solo. No podia dársele mayor gusto que hablándole de los solitarios de Egipto. Bastaba pronunciar en su presencia los nombres de la Tebaida y de la Nitria, para inflamar sus deseos y hacerla suspirar de pesar. Dios aprobaba sin duda esta preparacion de su corazon, porque pues sólo por su amor habia querido ella romper toda comunicacion con las criaturas; pero no la llamaba por este otro camino distinto del que hasta entónces habia seguido.

CAPÍTULO X.

Admirable alianza de Rosa con Jesucristo, á ejemplo de Santa Catalina de Sena.

Rosa habia leído en la vida de Santa Ca-

talina de Sena, los desposorios de la vírgen seráfica con Jesucristo, y desde entónces deseaba ardientemente obtener una gracia semejante, aunque sin atreverse á pretenderla, porque estaba demasiado persuadida de su indignidad. Verdad es que se necesitan grandes virtudes para merecer un favor tan singular; más Rosa poseía estas virtudes que disponen próximamente á las bodas del Cordero, y constituyen la dote de las esposas del Todopoderoso. Su humildad era profunda y su pureza verdaderamente admirable. Ya hemos hablado más arriba de la primera; digamos aquí lo que sus confesores pensaban de su pureza virginal. Once de ellos habian recibido la confesion de toda su vida, y todos declararon con voz unánime y bajo la fé del juramento, que jamás habia cometido contra esta hermosa virtud ni una sola falta venial. En consecuencia, el Esposo de las vírgenes quiso unirse á ella de la manera maravillosa que admiramos en Santa Catalina de Sena y en algunas almas eminentemente privilegiadas. Pero este grande favor le fué anunciado de antemano por muchos prodigios.

Era muy jóven cuando una mariposa de blanco y negro vino á anunciarle de un modo misterioso el destino que le esperaba. Un dia que trabajaba en la casa, rodeada de al-

gunas de sus compañeras, la mariposa baja sobre ella, revolotea algunos instantes á su izquierda y acaba por posarse sobre su corazón: despues de haber permanecido allí algunos instantes en una continua actividad, vuela, dejando sobre el vestido de la jóven un corazón perfectamente formado. Todas las personas presentes miraron con sorpresa esta pintura misteriosa, pero sin comprender su significacion, y Rosa tampoco la comprendió: solamente oía como una voz que le decía en su interior: hija mía, dame tu corazón. Despues de haber tomado el hábito de Santa Catalina de Sena, tuvo una vision que la ilustró más, pero sin descubrirle todavía la gracia que Dios le reservaba: durante el sueño vió junto á sí á un hombre de una hermosura tan admirable que le tomó por un habitante del cielo, y aun llegó á pensar que podía ser Jesucristo; más una cosa puso obstáculo á su fé, y es que estaba vestido como un lapidario; pero ciertamente era Jesus á quien su amor hacía descender para contraer con ella un desposorio espiritual. Rosa, á quien ninguna otra alianza había agradado jamás, ni aun en sueños, había deseado siempre ésta como la mayor felicidad que podía gozar. ¿Cuál, pues, no sería su alegría á la proposicion que el Señor vino á hacerle? No se hizo por cierto esperar su

consentimiento, y el noble contrato fué celebrado en el instante. Hasta allí la jóven había vivido en la casa de sus padres, á quienes sostenía con su trabajo; pero su Esposo no quiso ya permitir esta comunidad de domicilio. Escrito está, le dijo, que la mujer dejará á su padre y á su madre para unirse á su marido. Yo quiero usar de este derecho que me da el matrimonio; pero no temas: yo me encargo de tener cuidado de los autores de tus dias, y de proveer á todas sus necesidades. En seguida, dándole muchas piedras preciosas, recomendándole que las tallase y puliese, la dejó para hacer un viaje que le dijo ser necesario, pero con la promesa de volver muy pronto.

En efecto, volvió mucho más pronto de lo que Rosa lo esperaba, y antes que hubiera podido terminar el trabajo. Entónces fué grande su confusion, y no omitió nada para excusar su tardanza, alegando las necesidades de su familia á las cuales tenía que subvenir, y la dificultad de un trabajo al cual no estaba acostumbrada. Es cosa muy dura, añadió, para unas manos débiles como las mías acostumbradas sólo á manejar la aguja y la rueca. Jesus sonrió á esta última excusa y le dijo: "No creas tú, mi muy amada, que seas la única mujer á quien ocupo en esta penosa operacion.," En seguida abrien-

do la puerta de un aposento inmediato, enteramente cerrado, le hizo ver un vasto taller lleno de jóvenes doncellas que metían piedras de mármol y de pórfido sacadas de la cantera, y las trabajaban con la sierra y el martillo, ablandando su dureza con la abundancia de sus sudores y sus lágrimas. Otra cosa singular vino á aumentar su admiración, y es que estas vírgenes, en lugar de estar vestidas con trajes ordinarios y sencillos, estaban todas adornadas como si fuesen á tomar parte en un festin. Rosa, admirada de lo que veía, lo quedó mucho más aún, cuando acercándose para contemplar sus trabajos, echó de ver que nada les faltaba para su perfección. Despues de haberlo examinado todo con una sorpresa mezclada de admiración, y habiendo por acaso bajado las miradas sobre sí misma, se vió cubierta con un adorno semejante al de estas jóvenes, lo que le hizo comprender que su Esposo la asociaba á estos trabajos. Esta vision fué para ella un foco de luces espirituales, como lo veremos más adelante. Mas continuemos la historia que hemos comenzado de su alianza con Jesucristo.

El Domingo de Ramos, despues de la bendición de las palmas, los sacristanes, diseminados en la iglesia para distribuir las al pueblo, fueron repartiéndolas á todas las

gentes, y sólo Rosa fué olvidada; digo olvidada, porque estos religiosos la veneraban demasiado para hacerle sufrir una excepción humillante. Fué sin duda un efecto de su precipitación, ó más bien, de un designio particular de la providencia sobre ella. Como quiera que sea, la santa joven, que nunca había sufrido esta privación, temió hársela atraído por alguna falta de que su conciencia no le daba cuenta; porque es propio de las almas delicadas el atribuir todo cuanto desagradable les sucede, á sus infidelidades. No obstante, tomó parte en la procesion y la siguió muy triste y avergonzada. Al volver á la iglesia, corrió á encerrarse en la capilla de Nuestra Señora del Rosario, y cubriéndose el rostro con las manos, derramó un torrente de lágrimas por lo que había podido atraerle este castigo. Luego, dirigiendo sus ojos hácia la imagen de la augusta María á cuyos pies estaba postrada, y creyendo ver que esta divina Madre tenía un semblante más gracioso que el de costumbre, recobró el ánimo, y entónces, alegre de lo que la había contristado tanto, le dijo: "Dios no quiera, Madre mía, que yo esté estrañando por más tiempo una palma que me habría dado una mano mortal. ¿No sois vos la magnífica palmera que adorna el desierto de Cades? Pues vos me dareis uno

de vuestros ramos, y jamás se marchitará.,,

A estas palabras vió que la Reina del cielo bajaba sus miradas con un semblante risueño, hacía el Niño Jesus que llevaba en sus brazos, y que luego la miraba á ella con una dulce sonrisa. El divino Niño hizo otro tanto, lo que le causó un transporte de amor extraordinario acompañado de un consuelo indecible. Todo esto pasaba en silencio; mas Jesus lo rompió luego, diciendo: "Rosa de mi corazon, sé para siempre mi fiel esposa.,," Rosa, fuera de sí, pero sin que el gozo que la inundaba le hiciese olvidar su propia nada, respondió: "Yo soy la sierva del Señor; ¿qué digo? yo soy vuestra esclava, ¡oh Dios de eterna majestad! sí, mi corazon me lo dice; soy vuestra, y siempre lo he de ser.,," Quería decir más, pero su amor infantil, incapaz de hablar, no hacía más que balbucear. Entónces la divina María, tomando la palabra le dijo: "Mira, hija mía, el extraordinario honor que Jesus se ha dignado hacerte, tomándote por esposa de una manera tan amable y tan maravillosa. ¿Podía probarte mejor la grandeza de su amor?.,," Rosa, abrumada, por decirlo así, de felicidad, supó por experiencia la verdad de estas palabras: "Aunque el amor sea de fuego, su peso no es muy ligero.,,"

Para no perder un sólo instante el recuer-

do de tan grande beneficio, formó Rosa el designio de mandarse hacer un anillo nupcial, cuya vista se lo trajese continuamente á la memoria, y se apresuró á ejecutarlo. En efecto, apénas volvió á su casa, al salir de la iglesia, llamó aparte á su hermano y le comunicó su deseo, mas sin decirle nada de la maravilla que lo había ocasionado. Este buen hermano, entrando inmediatamente en sus miras, le tomó la medida del dedo y dibujó el anillo en un papel; adornándolo con un medallon sobre el cual escribió el nombre de Jesus. No se trataba más que de convenir en la inscripcion interior, acerca de la cual le consultaba Rosa con la mirada; no se hizo esperar su decision: tomó la pluma y trazó estas palabras: *Rosa cordis mei, tu mihi sponsa esto*; esto es: "Rosa de mi corazon, sé tú mi esposa.,," Ya se podrá imaginar cuál fué la admiracion de la santa jóven, viendo á su hermano expresar la maravilla que acababa de pasar, sin conocerla, y esto con las mismas palabras de su Esposo. Nada dió á conocer, pero su corazon se estremecía de gozo al ver esta nueva bondad del divino Maestro.

Habiendo recibido Rosa este anillo tan querido, en los primeros dias de la semana santa lo llevó al padre sacristan, y le supli-

có lo depositara en la urna en donde iba á estar encerrado el Salvador durante tres dias, segun el uso. Este favor, que hoy sería rehusado, como contrario á las reglas, le fué concedido, y verdaderamente merecía serlo, á causa de la intencion que la hacia pedirlo. En efecto, ¿qué pretendía por esta accion, sino protestar que su amor no había muerto en el Esposo; que ella no consideraba aquellos lazos rotos por un golpe que rompe todas las otras alianzas, y que quería ser su esposa hasta en el sepulcro? Habiéndole sido devuelto este anillo el santo día de Pascua, corrió muy contenta á los piés de la divina María y lo puso en su dedo, pero tan secretamente, que su madre que estaba cerca de ella no echó de ver nada, á pesar de la extrema atencion que ponía á todo lo que su hija practicaba.

Despues de la muerte de nuestra santa quedó este anillo en herencia á la mujer del contador, de quien hemos hablado ántes. Un religioso de virtud eminente, habiéndosele puesto un día en el dedo, tanto por veneracion á la sierva de Dios, como por confianza en su patrocinio, sintió bien recompensados estos piadosos sentimientos; porque le valieron inmediatamente unos efectos de gracia tan poderosos como dulces y delicados, unas luces extraordinarias, y tales ar-

dores de espíritu que su alma parecía liquidársele. Este santo hombre no pudiendo ya dominarse, manifestó lo que pasaba en su interior dejando escapar estas ardientes palabras: "¡Bendito sea Dios que se muestra tan admirable en su Rosa! ¡Alabanzas sean dadas á la augusta Trinidad cuyo trono está rodeado de tantos espíritus gloriosos entre los cuales ocupa Rosa un lugar tan honorable! ¡Oh Rosa muy amada y preferida á tantas otras! ¡oh Rosa, esposa del Cordero immaculado, qué grande sois, qué sublime y gloriosa! ¡con cuánto esplendor os veo brillar en el triunfante ejército de las vírgenes!," Añadió otras muchas cosas semejantes que su alma henchida no podía contener; mas la devocion que hacia su corazon tan activo y sus alabanzas tan elocuentes le había atado el cuerpo de tal manera, que no podía ni mover sus miembros, ni dejar el lugar donde se encontraba. Su mano derecha depositaria del precioso anillo, estaba como clavada sobre el brazo derecho de la silla, y la izquierda, que tenía puesta sobre el corazon, para moderar las palpitations causadas por una alegría santamente excesiva, parecía estar atada allí por unos lazos que no podía romper. Muchas veces procuró mover los miembros y cambiar de lugar, pero sin poder conseguirlo.

La mujer del contador, despues de haber gozado largo rato de este piadoso espectáculo, llamó á su marido, como para que saludara á este religioso á quien amaba mucho. Don Gonzalo quedó por de pronto sorprendido al ver que no se levantaba para contestar á su saludo, mas luego comprendió que no podía moverse. El santo hombre, avergonzado de su incivilidad involuntaria, procuró excusarse, pero en vano; no pudo más que balbucear algunas palabras ininteligibles, y volviendo otra vez á las alabanzas de Dios y á las de su sierva cuyo anillo le causaba este transporte, exclamó: "¡Oh qué amor! ¡oh qué llamas! ¡oh qué ardores! ¡Cómo se derraman suavemente en mi alma! ¡cómo se insinúan deliciosamente hasta en la médula de mis huesos! ¡Oh fuegos del divino amor! ¡oh delicias celestiales! ¡oh lazos poderosos de mi alma abrasada! ¡oh nudos agradables!,, Don Gonzalo, á quien este espectáculo penetraba de admiracion y de piedad, habiéndole ofrecido librarle de este anillo que le causaba á la vez gozo y sufrimiento, quizo quitárselo él mismo; pero no pudiendo ni abrir la mano, ni destrabar los dedos, aceptó el servicio que se le ofrecía. Don Gonzalo cogiéndole el brazo para enderezarlo, lo encontró inflexible, y tenía la mano derecha cubierta de un sudor frio co-

mo la de un hombre que vá á morir. Fué necesario mucho rato, y grandes esfuerzos para quitarle el anillo que lo tenía inmóvil: no necesitándose ménos trabajo para despegar la mano izquierda que tenía sobre su corazon. Mas hecho esto, cesaron sus delicias; los miembros recobraron su movilidad, y pudo fácilmente levantarse de la silla: entónces, extenuado de fatiga, se despidió de sus respetables amigos recomendándoles el silencio, y se retiró.

CAPÍTULO XI.

Continúa oracion de Rosa y su union íntima con Dios.

"Si alguno, dice el Apóstol, permanece unido al Señor, es un mismo espíritu con él (1.^o á los Cor., 6.),, De aquí puede conjeturarse á qué grado tan sublime de union divina debía haber llegado la santa jóven, á quien una oracion continua tenía unida con Dios solo. Desde la más tierna infancia, el Espíritu Santo le había hecho familiar esta práctica, y se ocupaba en ella con tanto fervor, que su imaginacion, aun en sueños, apenas podía distraerla á otros objetos; y en efecto, muchas veces durante el sueño, se la oía expresar todo lo que constituye este

santo ejercicio. La virtud de la religion crecía en ella con la edad, y su espíritu se elevaba tanto más hácia Dios, quanto su estatura se elevaba más hácia el cielo, como si este doble crecimiento hubiera sido producto de una misma causa. Desde la edad de doce años había llegado á ese estado de oracion que se llama oracion de union; es decir, que Rosa iba comenzando por donde acababan las almas más privilegiadas. Su oracion regular no duraba ménos de doce horas cada dia, y el resto del tiempo se mantenía de tal manera unida á su Dios, que puede decirse que no perdía de vista un sólo instante su divina presencia. Tanto en el trabajo como en la comida, ya leyendo, ya paseando, en el jardín lo mismo que en la iglesia, afuera, como dentro de su casa, tanto en las plazas públicas como en su aposento, siempre estaba viendo á esta Magestad tan amable á quien los ángeles adoran, y cuya belleza admiran el sol y la luna. Lo que había aquí de más admirable, es que esta ocupacion de sus potencias interiores tenía lugar sin una abstraccion notable de los sentidos. Y así, al mismo tiempo que hablaba á Dios en su interior, arreglaba los negocios domésticos, respondía á propósito á las preguntas que se le hacían, conversaba de una manera natural, y obraba con la destre-

za, atencion y prontitud que ponen en sus operaciones exteriores los que no piensan en otra cosa que en lo que están haciendo.

A este don, ya tan precioso, Dios añadió otro igualmente admirable. Quiero hablar del imperio que ejercía Rosa sobre sus sentidos, á tal grado, que los objetos exteriores no podían distraerla. En la iglesia por ejemplo, retirada en un rincón, permanecía muchas horas con los ojos fijos en el altar, sin poner la menor atencion en los que pasaban delante de ella, sin que el ruido de la multitud turbase en nada su contemplacion. Si algunos insectos ó el polvo arrojado por el viento venía derecho sobre su rostro, no cerraba los ojos ni volvía la cabeza, de suerte que parecía que había perdido la vista. No era ménos de admirar la inmovilidad de su cuerpo durante la oracion; pues la postura que había tomado al comenzarla, la guardaba hasta el fin, aunque este ejercicio durase muchas horas, y aun algunas veces todo el dia. Sucédiale muy frecuentemente encerrarse en su oratorio desde el juéves en la mañana hasta el sábado en la noche. Habiéndole suplicado á la mujer del contador que no la llamara por ningun motivo, ésta le preguntó una vez la causa de esta recomendacion; y Rosa respondió con simplicidad, que estando inmóvil de rodillas, du-

rante todo este tiempo, le era imposible levantarse para abrir la puerta.

Empleaba nuestra santa regularmente tres horas en el día en dar gracias á Dios; á saber: una hora por la mañana, otra al medio día y otra en la noche. Hé aquí como se ocupaba en estos ejercicios: despues de haber recorrido en su memoria, con un afecto muy tierno, los beneficios que había recibido de Dios, poníase á admirar como este Sér tan grande podía tener tanto interés en una criatura tan miserable. En seguida adoraba su liberalidad pródiga de tantas gracias y de dones tan variados y preciosos. Imaginó tambien una práctica de devocion sublime y luminosa, en la cual acordándose de los gloriosos atributos de Dios, tributaba á cada uno el culto de Latría. Queriendo honrar tambien todos los epítetos que convienen á la Divinidad, y temiendo engañarse refiriéndose en esto á su propio juicio, suplicó á un sabio y piadoso jesuita que le hiciera un acopio sacado de los libros santos. Hízole efectivamente una lista bastante larga; pero su amor insaciable encontró que era muy poco. En consecuencia, puso á la obra al P. Juan de Lorenzana que le proporcionó tal suplemento de estos preciosos adjetivos, que llegó á tener hasta ciento cincuenta. En-

tónces formó de ellos un rosario del cual terminaba cada decena por un *Gloria Patri*. Nuestra santa afirmaba que con esta fórmula de oraciones aterrorizaba á los demonios; y puesto que ella lo afirmaba, puede creerse que lo sabía por experiencia. A fuerza de repetir estos sagrados nombres, acabó por saberlos de memoria, y desde entónces hizo tal uso de ellos, que no daba una puntada sin pronunciar alguno en su interior.

Su espíritu de oracion, tomando sin cesar nuevos acrecentamientos, llegó á no poder ya conversar sin hablar de Dios, pero lo hacía con una destreza singular. Un día, por ejemplo, entraba con una persona en su jardín, la cual comenzó á alabar la hermosura de él. Es efectivamente muy hermoso, contestó Rosa; mas yo siempre pido á Dios que multiplique sus flores; y al decir esto pensaba en el jardín de su alma que hubiera querido ver herloseado por el esplendor de todas las virtudes. De este modo, por una frase equívoca, encontraba el medio de conversar con la criatura sin interrumpir sus pláticas con el Creador. Esto era habitual en ella, y las personas que vivían en su intimidad, admiraban la facilidad con que encontraba estas palabras de doble sentido en toda clase de materias.

Un día que volvía Rosa de la iglesia, a-brumada de fatiga, quiso prepararse un ali-mento para reparar las fuerzas agotadas. Bajó al jardín á cojer leña para encender el fuego que necesitaba: entónces púsose á cantar un pajarillo, y ella se detuvo á escu-charle, con el pensamiento de que cantaba al Señor un himno de alabanzas. Mientras él modulaba y variaba agradablemente los so-nidos de su dulce voz, ocurrióle una reflex-ion que la hizo avergonzarse y la indignó en cierto modo contra sí misma: "¡Qué! se decía interiormente, esta avecita privada de razon, para alabar á su Criador y mio, olvi-da el buscar su comida, y yo en lugar de imitarle, iré á prepararme un alimento! Lo que él ha recibido de su Criador es muy poca cosa, y no se cansa de publicar sus ala-banzas: y yó me olvidaré de pagarle la deu-da de mi reconocimiento por todos los bene-ficios de que me ha colmado! No, ciertamen-te no sucederá así; alabemos á Dios ahora, y otra vez nos desayunaremos!., ¡Oh! cuán rápido se pasa el tiempo con el Señor cuando se le ama! La santa jóven creía haber da-do un medio cuarto de hora al canto de este pajarillo y á sus propias reflexiones, y habían transcurrido muchas horas en esta ocupacion edificante; mas no se limitó á esto su devocion; sino que entrando dentro de

sí misma, se puso á alabar á Dios con un fervor que tuvo por resultado un éxtasis que duró hasta la noche.

Encontrábase Rosa demasiado bien con el santo ejercicio de la oracion para no pro-curar inculcarlo á los demás. Empezó desde luego hacerlo adoptar á su hermano Fer-nando, asegurándole que con poco trabajo sacaría de él frutos inestimables. Fernando no dudó de las ventajas de esta santa prác-tica, pero no la creyó tan fácil como su her-mana se lo prometía. Yo no sé, le dijo, si tú estás persuadida de que la oracion sea fácil, ó si quieres solamente persuadírmelo; en cuanto á mí, no veo en tus aserciones respec-to á esto, sino hipérboles de mujer. Rosa no se dejó desalentar por esta incredulidad, sino que le instruyó de los métodos de una ora-cion regular, y le enseñó á conservar el es-píritu de ella en medio de las ocupaciones de la vida. Los libros que trataban de esta materia formaban sus delicias; pero el del P. Luis de Granada era de su predileccion, y no dejaba pasar ni un sólo dia sin leer alguna cosa de él, sin perder ninguna ocasion de recomendarlo á las personas con quienes trataba. A consecuencia del mismo celo, suplicaba á los confesores que no descuida-ran nada para animar á sus penitentes á la práctica de la oracion mental. Este ejerci-

cio, les decía, es la gran farmacia en donde se encuentran los antídotos para todos los pecados. Ciertamente, no hay cosa más á propósito para purificar las almas y curar sus heridas; este es el gabinete en donde el Esposo tiene en reserva sus perfumes, y la bodega que contiene sus vinos más preciosos. No contenta con hacer entrar en su designio á los confesores, no dejaba pasar ninguna ocasion de recomendarlo á los que distribuían la santa palabra. ¡Oh! por favor, les decía, os suplico que exhortéis á vuestros oyentes al santo ejercicio de la meditacion, explicándoles sus métodos y empleando todos los recursos de vuestra elocuencia en convencerlos de sus excelencias, de sus ventajas y de las delicias espirituales que tan bien sabe procurar. No podreis prestar un servicio más grande á las almas y procurar á Dios mayor satisfaccion.

La recitacion del santo Rosario era tambien una de las devociones particulares de Rosa, y que procuraba popularizar por toda clase de medios, pero quería que se recitase segun la forma prescrita por santo Domingo, segun las enseñanzas que habia recibido de la Reina de los cielos respecto á esta devocion. Todo el mundo conoce este piadoso método, que consiste en vincular á las quince decenas del Rosario quince cir-

cunstancias del misterio de nuestra redencion, de las cuales son cinco gozosas, cinco dolorosas y cinco gloriosas. Su predileccion por esta devota práctica, venía, como ella misma lo ha dicho, de que el santo Rosario, recitado de este modo, une la oracion mental con la vocal, y encierra todo lo que constituye una buena oracion, quiere decir, además de la meditacion, por la memoria y el entendimiento, los afectos de la voluntad, las peticiones, las alabanzas y las acciones de gracias. A causa de esta devocion tan laudable, llevaba continuamente en el brazo un rosario pequeño del cual se servía, sin que lo echasen de ver, aun en medio de las conversaciones. Dificil sería decir cuantas personas de toda edad, de todo estado y de los dos sexos, adoptaron este piadoso ejercicio, ganados por su ejemplo y exhortaciones.

Su amor á la oracion le habia hecho contraer tal hábito de ella, que los menores objetos le proporcionaban la materia: una planta, una flor, un popote, un insecto, una piedra, un madero seco, bastaban para elevar su espíritu á Dios, abrazando su corazon y sugiriéndole los más vivos afectos de alabanzas, de adoracion y de accion de gracias. Esto dió lugar á un hecho inaudito que no puedo pasar en silencio: saliendo Ro-

sa un día de la casa, ántes del amanecer, según su costumbre, para dirigirse á la ermita, dice al abrir la puerta del jardín: "Árboles, plantas, yerbas, flores, producciones de la tierra de toda especie, bendecid á nuestro Criador!," Este celo amoroso agradó al Señor, quien manifestó inmediatamente su satisfacción por su insigne prodigio. Todas estas criaturas insensibles se agitan y suplen por sus movimientos á la voz que les faltaba; hubiérais visto á los árboles enlazar sus brazos unos contra otros, haciendo chocar sus ramas y sus hojas, como si hubieran querido sacar de ellos sonidos armoniosos; las legumbres, las flores y los frutos formaban como una alegre danza, y los arbustos encorvaban sus ramas hasta la tierra como para adorar á su Creador. Esta maravilla se renovó despues muchas veces, y en una de estas ocasiones en que estaba con Rosa una de sus compañeras, exhalando esta un grito de admiracion, le dijo la santa: "Ved, hermana mía, si merece ser amada, si es digna de obtener nuestras adoraciones, nuestras alabanzas y nuestro culto, esta Majestad eterna á quien los productos de la tierra alaban como pueden, y á quien adoran doblándose á sus piés.," Hé aquí todavía un hecho del mismo género: En la cuaresma del año de 1617, que fué la última de la vida de

nuestra santa, venía todas las tardes un pajarillo, despues que el sol se ponía, á posarse en un árbol frente á la ventana de su aposento, y cantaba con una voz sonora, como para invitarla á hacer lo mismo; Rosa, dócil á esta amable inspiracion, compuso un verso, un trino delicioso para provocar al músico de los aires, ó responder á sus provocaciones. Hé aquí estos versos como los cita un moderno autor de la vida de nuestra Santa.

¿Cómo te amaré, mi Dios,
Siendo yo tu criatura,
Y Tú mi Criador?
Pajarillo rui señor
Alabemos al Señor,
Tú alaba á tu Criador;
Y yo alabaré á mi Redentor.

El pajarillo, despues de haber oído este canto, lo repetía con una voz al principio muy suave, y en seguida la iba elevando gradualmente hasta los trinos más agudos; concluido el trozo, se callaba para que la sierva de Dios solviese á repetirlo, lo cual hacía ella con variaciones admirables, y que tenían algo de maravillosas. El pajarillo contestaba otra vez, pero como aventajando el talento de su maestra, y haciendo valer de una manera sorprendente la superioridad de

su voz y todos los recursos del arte. Rosa, electrizada por la belleza del canto, y fuera de sí, volvía á comenzar de nuevo; la repetición no se hacía esperar, y siempre el pajarito encontraba el medio de dar á su música los más ricos adornos: esto duraba una hora entera, despues de lo cual se volaba para otra parte, para volver á hacer su oficio al dia siguiente. Rosa afligida al verlo desaparecer, decía gimiendo en su lenguaje poético:

*"Avicula me deserit, subit succentor meus,
atque semper mecum permanens, sit benedictus Deus."*

Aunque se vá y me deja,
Volando el pajarillo;
Mi Dios conmigo se queda,
Por siempre sea bendito.

CAPÍTULO XII.

Ejercita Dios á su sierva por arideces espirituales, con diferentes clases de aflicciones.

El fuego purifica el oro, y la tribulación presta el mismo servicio al hombre justo, servicio inestimable, sobre todo cuando se trata de rechazar el orgullo al cual los dones sublimes hacen levantar la cabeza. San Pablo estuvo sujeto á idéntica prueba como

nuestra santa; pero Dios no se sirvió de un mismo fuego para purificarlos. Mientras que el aguijon de la carne humillaba al primero, la segunda era presa de desolaciones interiores excesivamente penosas que le hacían casi creer que Dios la había abandonado. Los dos clamaban al cielo á fin de obtener su libertad, y la respuesta fué tanto para el uno como para el otro: "Mi gracia te basta, porque la virtud se perfecciona en la tribulación." ¡Cosa estraña! esta santa jóven había llegado á ese grado de union en que es continua, y al mismo tiempo, pasaba muchas horas del dia en unas tinieblas tan insoportables, que le parecía estar encerrada en uno de los calabozos del purgatorio ó del infierno. Ahora bien, este cambio era tanto más triste cuanto que se obraba sin ningun intervalo. De la luz contemplativa caía súbitamente en un estado en el cual no queda ningun recuerdo de Dios, ningun gusto de su amable presencia, ningun vestigio, ni una sombra de consuelo. En medio de esta profunda oscuridad que le ocultaba la vista de su Dios, no se hallaba á sí misma, y en razon de su union, mientras más Dios se alejaba, más se alejaba su alma con El. Véase, pues, separada de Dios, y en cierto modo, de sí misma, sola en un desierto en medio de u-